



www.loqueleo.com/ec

© 2008, Edna Iturralde

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-796-2

Derechos de autor: 029872

Depósito legal: 004144

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Noviembre 2008

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Junio 2017

Octava impresión en Santillana Ecuador: Mayo 2018

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Paola Karolys y Gabriel Karolys

Diagramación: Isabel Castellanos

Supervisión editorial: Alejo Romano

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El caballo, la rosa y una historia de rebelión

Edna Iturralde



loqueleo

Dedicatoria

*A todos los niños y niñas
de mi patria amada, el Ecuador,
y en especial a mis hijos, hijas, nietos y nietas.
A Chester, un caballo noble.*

Agradecimiento

*A Fernando Jurado Noboa;
Segundo Moreno Yáñez;
José Antonio Gómez Iturralde;
Oswaldo Orbe Cortez, director general
de la Biblioteca de la Pontificia Universidad Católica
del Ecuador; y al padre Julián Bravo Santillán,
director de la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit,
por su gentileza al guiarme en mis investigaciones.*

*A Gloria Gangotena de Montúfar,
Carlos y Juan Montúfar-Barba,*

*y a los amigos que me permitieron
ver sus archivos personales.*

*A Fernando Revilla,
por su cariño a mi patria.*

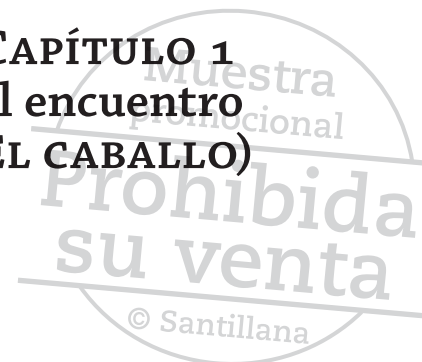
*Y a Bruce Kernan, mi esposo,
por su apoyo incondicional.*



CAPÍTULO 1	
El encuentro (EL CABALLO)	11
CAPÍTULO 2	
El sueño (LA ROSA)	19
CAPÍTULO 3	
Una luz en la oscuridad (EL CABALLO)	28
CAPÍTULO 4	
Una decisión importante (LA ROSA)	34
CAPÍTULO 5	
Llega un mensajero (EL CABALLO)	45
CAPÍTULO 6	
Cumplir con un deber (LA ROSA)	54
CAPÍTULO 7	
Nuevos amigos (EL CABALLO)	62
CAPÍTULO 8	
El patriota Asor (LA ROSA)	73

CAPÍTULO 9	
En campamento enemigo (EL CABALLO)	81
CAPÍTULO 10	
Las dos rosas (LA ROSA)	90
CAPÍTULO 11	
Tormenta (EL CABALLO)	104
CAPÍTULO 12	
El obispo (LA ROSA)	111
CAPÍTULO 13	
Noticias y novedades (EL CABALLO)	122
CAPÍTULO 14	
Una historia de rebelión (LA ROSA)	131
CAPÍTULO 15	
La despedida (EL CABALLO)	141
Bibliografía	155
Biografía	157
Cuaderno de actividades	159

CAPÍTULO 1 **El encuentro** **(EL CABALLO)**



La vi por primera vez en el páramo del Cotopaxi entre las flores de chuquiragua que crecían al borde de la cañada. Tenía aspecto de flor, con su pollera amarilla y la capa bermellón con capucha. 11

Nunca antes había visto humanos, ni de lejos. Yo había seguido el canto de un ave y la encontré. Me miró con sus ojos verdes de agua empozada, con esa mirada tierna que tenía. Caminó hacia mí como flotando en el viento. Un perfume a flor que jamás había percibido llegó a mis narices. Decidí llamarla Flor-que-Camina.

Flor-que-Camina se situó al filo de las rocas. Manoteó ansiosa tratando de alejarme del lugar. Retrocedí un trecho, me detuve y raspé impaciente con mis cascos, que aún no conocían las herraduras.

Ella sacudió su cabeza, la capucha cayó sobre sus hombros. Los cabellos castaños trenzados con hilos de luna quedaron al descubierto. En sus ojos noté tristeza, mucha tristeza, y algo más que tenía un parecido con la mirada de mi madre, tan dulce como el trébol tierno. Levantó un objeto negro que sostenía en la mano y de allí salió una explosión.

Huí al galope, tan rápido que Madre-que-Encuentra-Caminos, la yegua que había organizado nuestra fuga al páramo hacía tanto tiempo, se habría sentido orgullosa de mí.

Con la explosión callaron los lamentos de mi madre herida, quien yacía en una grieta con dos patas rotas. También desaparecieron atemorizados los gallinazos que la acechaban desde el día anterior. Al comprender lo sucedido, agradecí a Flor-que-Camina con todo mi corazón.

Corrí por el barranco en busca de una abertura entre la vegetación. El resto de la manada (yeguas y potrillos) me esperaba intranquila. En total éramos ochenta caballos libres. Más tarde supe que nos llamaban «salvajes».



Las primeras yeguas me rodearon resoplando nerviosas al ver que llegaba solo: sintieron que mi madre, Estrella-en-la-Frente, se había ido para siempre a cabalgar con el viento.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó No-Teme-Nada, la vieja guía de las yeguas.

14 Pensé por un momento; aún no conocía los nombres de las armas ni cómo funcionaban.

—Una humana lanzó un trueno que llega sin rayo —expliqué.

—¡Eso es extraño! ¡Incomprensible! ¡Los humanos no cazan caballos! Nos atrapan y doman, pero no nos matan —protestó No-Teme-Nada.

—Estrella-en-la-Frente...

Me detuve sintiéndome culpable. Habían sido los últimos días que podía pastar con mi madre antes de formar parte de la manada de machos. Tenía dos años recién cumplidos.

—Escuché un extraño canto que no pertenecía a ningún ave conocida. Parecía como si me llamara. Sin pensar en el peligro, corrí hacia allá. Estrella-en-la-Frente galopó detrás para

intentar detenerme. Resbaló en una grieta... —finalicé con la mirada baja.

Llegó la manada de machos guiados por Corre-como-el-Viento, mi padre. Conté todo otra vez y relinché furioso.

—Creo que lo hizo para que Estrella-en-la-Frente dejara de sufrir —me atreví a agregar.

Yo estaba seguro de ello.

Corre-como-el-Viento no estuvo de acuerdo. Él pensaba que los humanos no eran buenos y se alegraba de que hubiéramos escapado al páramo tantos años atrás.

A pesar de la pena que sentía, mi instinto me dijo que Flor-que-Camina había actuado con bondad y... amor. ¡Eso era lo que había visto en sus ojos! ¡El amor con que solía contemplarme mi madre! Entonces prometí buscarla. ¿Pero cómo la encontraría si no teníamos contacto con los humanos?

Los españoles trajeron a los caballos en sus barcos. Los caballos que habitaban estos parajes, pequeños y de grueso pelaje, se habían extinguido mucho tiempo atrás. Por esta razón, los humanos

dueños de estas tierras, al verlos llevar jinetes, pensaron que eran monstruos de dos cabezas.

Nuestra primera antepasada llegó en uno de esos barcos. Nadie en la manada sabe su nombre original, pero la recordamos como Madre-que-Encuentra-Caminos.

16 Ella participó en numerosas guerras. Cuando envejeció y la amarraron a un armatoste cargado de baldes para sacar agua de un pozo, se sintió tan herida en su dignidad de guerrera que huyó hacia la libertad de las montañas llevándose consigo a otros caballos. Desde aquella época hay caballos libres en los páramos del Cotopaxi.

Me integraron a la manada de los machos. Mi padre me recibió con especial amabilidad, quizás debido a que no traté de competir con él para ocupar su puesto de líder o, tal vez, porque tuvo pena al saber que era huérfano. Como es nuestra costumbre, él fue quien me dio el nombre: Cielo-del-Atardecer, por el color rojizo de mi piel. En cambio, mi madre me había llamado Bonito.

Después de una semana resolví dejar la manada por la noche e ir en busca de Flor-que-Camina. Descendí por las laderas del volcán con mucho cuidado. Bajar no es algo que nos guste a los caballos, y menos por lugares muy inclinados. Paso a paso llegué hasta una laguna. Desde allí pude observar el picacho de nieve del volcán Cotopaxi. En ese momento aparecieron en el firmamento los ojos de los caballos que ya se habían ido a cabalgar con el viento.

Esas son las estrellas.

Busqué los ojos de mi madre y los encontré sin dificultad, como lo hacía desde que ella había partido. Forman parte de la cruz de estrellas que señala el Sur.

Fui a la quebrada donde había quedado su cuerpo. Me preparé para encontrar allí a los gallinazos. Así es la ley del páramo: unos mueren y otros se alimentan de ellos para que la vida continúe. Sentí tristeza. Habría preferido que fueran los cóndores y no los gallinazos quienes sobrevivieran con su fuerza. Los cóndores vuelan más alto que otras aves

y un cóndor es el jefe de todas ellas: Cóndor Mayor.

En el sitio hallé un montón de piedras. Me asusté sin saber qué sucedía. Pero mi olfato me indicó que Estrella-en-la-Frente estaba enterrada debajo de ellos. Me pregunté quién habría hecho algo así.

18 La respuesta llegó con el viento, que trajo un olor a flor. Lo reconocí de inmediato.

En ese instante, una misteriosa luz caminó hacia mí, abriéndose paso en la oscuridad.

CAPÍTULO 2 El sueño (LA ROSA)

19 Cuando Rosa Zárate y Ontaneda vio al potro en la quebrada del páramo, no pudo creerlo. Era parte de un sueño que tenía desde jovencita: un potro salvaje, rojizo y con patas blancas trataba de espantar a los gallinazos que volaban sobre su madre herida.

Al notar su presencia, la yegua relinchó débilmente. Tenía las dos patas delanteras rotas y apenas podía levantar la cabeza, pero aún trataba de proteger a su hijo a pesar del dolor. Rosa sintió compasión.

El potro la miró con ansiedad, esperando que ella hiciera algo.

Rosa se aproximó al acantilado y agitó una mano. Quería alejar al potro, espantarlo para que se fuera. Sabía lo que debía hacer, aunque le doliera el alma porque quería a los caballos.

El potro retrocedió unos pasos. Continuó observándola, sin desviar la mirada. Los ojos de la mujer y los del potro se unieron con hilos invisibles. Su corazón se llenó de una gran ternura por él. Tuvo deseos de protegerlo y de cuidarlo.

20 Rosa sacó el revólver del cinto. Apuntó sin que le temblara la mano. El espacio entre el potro y la yegua era suficiente, y la mujer tenía buena puntería. Entonces disparó, al tiempo que pedía perdón a la yegua... y al potro, que huyó a todo galope.

Limpió sus lágrimas con el filo de su capa bermeillon. Miró a la distancia: el potro había desaparecido. Sintió el deseo de encontrarlo otra vez. Estaba segura de reconocerlo, aunque sería una tarea casi imposible. ¿Cómo hallar a un potro salvaje en la enorme llanura del páramo?

Rosa se encontraba en una hacienda a cuatro días de la ciudad de Quito, la capital de la Real Audiencia de la provincia del mismo nombre. Quito era la primera ciudad que había dado el grito de libertad, el diez de agosto de mil ochocientos nueve, luego de trescientos años de opresión española. Rosa, descendiente de emigrantes vascos, se sentía tan pegada a esa tierra

como el musgo al páramo que tanto amaba recorrer; por ese motivo había celebrado la independencia de su patria junto con su hijo y su esposo.

Los gallinazos regresaron y esa vez volaron más bajo, acercándose al cuerpo de la yegua. Uno se atrevió a aterrizar en el lomo. Rosa, segura de que eso era lo que el potro quería evitar cuando ella lo vio, regresó a la casa de la hacienda y reunió a los peones. Pidió que trajeran palas y picos, y que la siguieran.

Cuando los hombres supieron que tenían que enterrar a una yegua salvaje, muerta en medio de la quebrada, se burlaron disimuladamente.

—Ama, patrona, tu merced, dejá nomás que los gallinazos hagan su trabajo. Así mismo es. Aquí tan lejos no molestará que apeste cuando se pudra —dijo el mayoral principal, tratándola con el respeto que imponían los hacendados de aquella época, pero a la vez con cierta superioridad.

En su opinión, las mujeres criollas eran unas ignorantes que no entendían nada de la naturaleza.

—Es cierto, patronita, de ganitas vamos a enterrarle. Los gallinazos escarbarán la tierra —dijo otro peón.